

# Berlioz conoce a Ofelia

Eusebio Ruvalcaba

*Los amores desdichados suelen dejar huellas indelebles. Eusebio Ruvalcaba, creador de libros como Un hilito de sangre, Temor de Dios y Las memorias de un ligero, nos ofrece una viñeta sobre un episodio de la vida del compositor francés y genio del romanticismo, Héctor Berlioz, y su súbito enamoramiento de la cantante irlandesa Harriet Smithson, intérprete de su Muerte de Ophelia, basada en Shakespeare, y con quien habría de tener un matrimonio desgraciado.*

Su pecho se inflamó cuando vio aparecer a Ofelia en el escenario. Shakespeare le atraía, pero nunca supuso que Hamlet comprendería a una mujer tan indeciblemente hermosa.

Buscó en el programa el nombre de la actriz. Harriet Smithson, así estaba escrito. Con esas letras que a él le sonaron a su sinfonía favorita de Beethoven: la *Heroica*. Leyó el nombre una vez más: Harriet Smithson. Y otra. Y otra. Entonces estuvo a punto de gritar. Nada nuevo en él. Pero el grito se le quedó en la garganta. Levantó los brazos al cielo y se imaginó buscando la mano de aquella mujer. Que tendría que ser suya.

Terminó la función y el teatro se desplomó a aplausos. La gente parecía estar poseída de una energía que la desbordaba. Gritaba el nombre de Shakespeare, gritaba el nombre del actor, gritaba el nombre de ella. La voz de Hector-Louis Berlioz se levantaba más alta que las demás. Su volumen era cosa de asombro. Porque no sólo era su voz. La portentosa cabeza de Berlioz, su larga y aristocrática melena, parecían secundar la estridencia. Tal frenesí no pasaba inadvertido para los demás; y no lo aprobaban. Hubo algunas cabezas que se volvieron

a Berlioz y exclamaron gestos de franca reprobación. Pero bastó con que el compositor se percatara para que su énfasis fuera aun más desbocado. Pues ahora levantaba los brazos al mismo tiempo que brincaba sobre la butaca, los agitaba en el aire y hacía gestos como si lo suyo fuera a dejar una marca inmovible en el aire.

Pronto la gente comenzó a abandonar el recinto. Unos iban para la calle, y otros para los camerinos. Ambas direcciones los atraían por igual.

Si se dirigía directamente hacia la calle, sus pasos lo conducirían sin remedio hacia la orilla del Sena. Porque el río era su interlocutor. Con él estableció su primera amistad apenas llegó a París. Aún llevaba en el corazón la maldición que le había proferido su madre. Luego de suplicarle de rodillas que no cambiara la medicina por la música, lo sentenció: “Te maldigo. Si escoges la música no quiero verte nunca más. Te maldigo con mi odio y mi desprecio”.

Eso le había dicho, y esas palabras las llevaba Berlioz en el tuétano. Tenía que desahogarse con alguien, y buscó en el silencio del Sena el amigo paciente y sabio. Le confesó su dolor al río y esperó a que el flujo

acuático le respondiera. Había salido reconfortado de la experiencia.

Se convirtió en una costumbre aquella forma de dialogar. Todos sus secretos los compartía con el Sena. Y eso que tenía amigos inteligentes y cabales. Sensibles e incondicionales. Hombres fraguados en la lucha del arte: Chopin, Dumas, Delacroix, Liszt, Ingres, Balzac. Pero con nadie se sentía en absoluta plenitud como con el Sena.

Así que ésa era su primera opción. La segunda era encaminarse a los camerinos. Seguir a la gente. Formarse y esperar.

Sintió en el interior el llamado de la selva. La inminencia del desafío. Aún se convulsionaban sus extremidades. Aún sentía el sudor del impacto de aquella mujer resbalar por su nuca. Y decidió encaminarse a los camerinos. Se topó con una fila interminable. Pero al parecer avanzaba a buen paso. ¿Tanta gente admiraba el teatro en París? ¿De verdad había esa avidez de Shakespeare? Delante de él se encontraba formada una pareja. Su olfato le dijo que era un matrimonio. Se compadeció del varón. ¿Con qué cara se aproximaría ese hombre

a Harriet Smithson? ¿Con qué ojos se atrevería a mirarla? Con su esposa al lado tendría que ocultar su admiración a la belleza personificada.

Avanzó un par de metros.

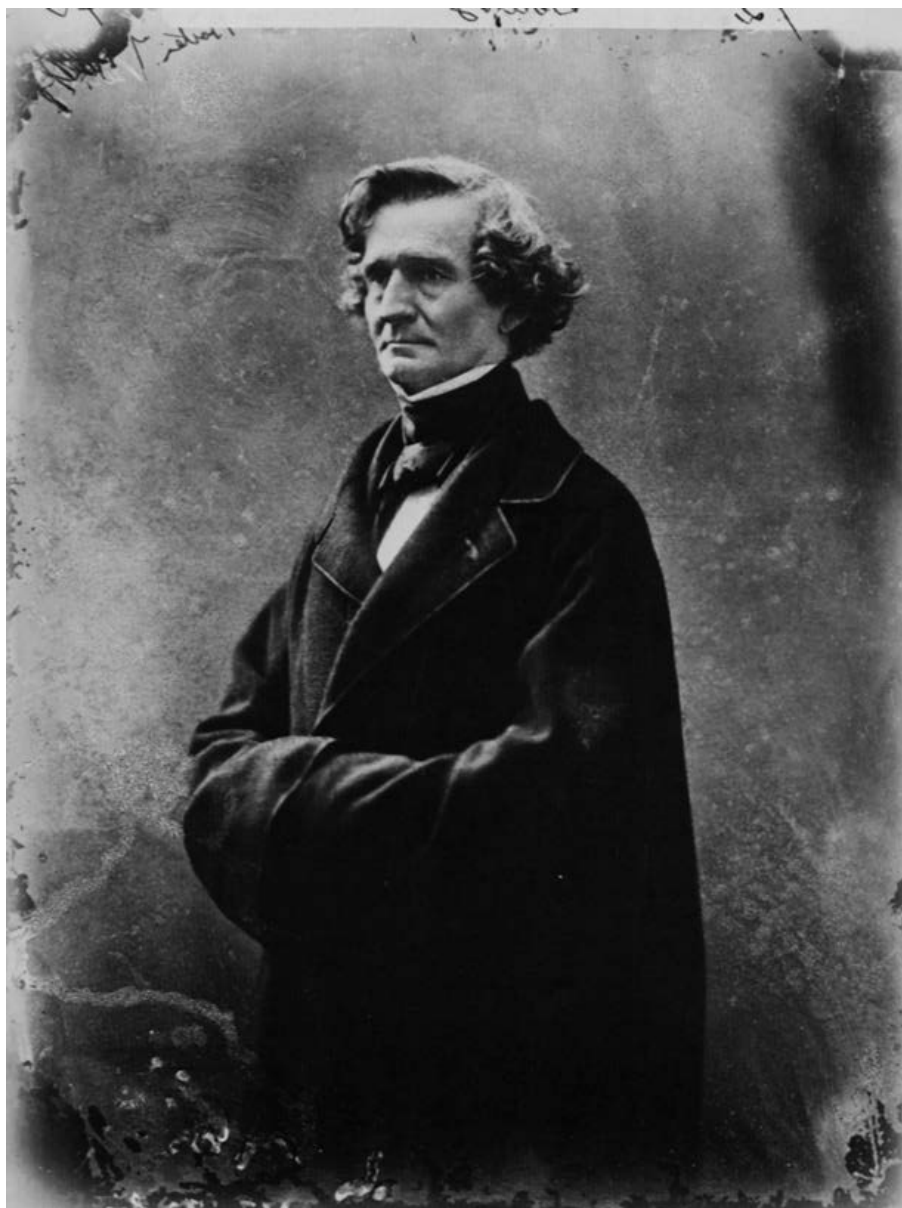
De pronto se percató de que la distancia entre él y su amor había disminuido notablemente. A este ritmo, en un santiamén estaría delante de la Ofelia de *Hamlet* y entonces podría contemplarla a su antojo. Nada más para él. Una belleza nada más para él. La mujer más bella del universo para su contemplación personal.

Avanzó cinco metros más.

Ya sólo restaban tres, dos, uno.

Ya sólo estaba a una zancada. Pero entonces se arrepintió. Llevaba el programa de mano para el autógrafo, y lo estrujó hasta el tamaño de un puño enfurecido. Se dio media vuelta y salió sin excusarse ni pedir permiso a nadie. El día de mañana aquella mujer, se dijo, sería suya. Como las sirenas de la fantasía. La fantasía. Ahí estaba todo. Crearía una obra fantástica para conquistarla. No iba a acercársele con las manos vacías.

El Sena lo esperaba. **U**



Hector-Louis Berlioz